DON PERLIMPLÍN, DON CRISPÍN Y OTRAS VIDAS DE ALELUYA

Salvador García Castañeda
The Ohio State University

El procedimiento de cuadricular una superficie para dibujar o grabar algo en cada cuadrícula, de suerte que en el conjunto se desarrolle un tema, es viejísimo y ya lo podemos hallar en los frisos del Partenón, en la columna de Trajano y en la tapicería de Bayeux, así como en los retablos medievales y renacentistas, con las vidas de los santos y sus milagros, desarrollados de modo cronológico. Hay temas de carácter didáctico o enciclopédico, esculpidos y pintados en iglesias y palacios que reaparecen con proporciones más modestas en los dibujos y en las miniaturas. Es frecuente hallar en torno a la figura principal pequeñas viñetas que representan los diferentes episodios consecutivos de una acción. Esta forma cíclica gusta al pueblo que quiere ver reunidas las diferentes fases de una historia y aparece con frecuencia en las estampas piadosas. Los viejos motivos se hicieron accesibles con mayor rapidez gracias a la imprenta tanto en los incunables como después en los libros de oración, los calendarios, las estampas, los alfabetos para niños, los almanaques con pronósticos y las cartas de juego. Motivos que se reprodujeron también en los bordados, en las marqueterías, en los abanicos y en los azulejos, que en Valencia y Cataluña tienen una evidente correspondencia formal con las aleluyas.

Era frecuente en el mundo occidental el presentar una serie de escenas repartidas en cuadritos y estampadas en una hoja suelta, pues el nexo entre la imagen pintada, dibujada o grabada y la palabra, lo da la misma necesidad de narrar o figurar las acciones humanas. *Picturae sunt libri laicorum*, escribió Alberto el Magno y las estampas compradas en el mercado o en la calle enseñaron a los analfabetos nociones sobre el universo y sus habitantes y sobre la vida social. Les enseñaron también una filosofía elemental: que la Fortuna es el árbitro de la vida del hombre, que no vale la pena envidiar a ricos y poderosos, y que la muerte, al fin, lo nivela todo.

Junto a la literatura destinada a las clases cultas de la sociedad hubo en los siglos XVIII y XIX en España otra que hizo llegar a las clases populares *relaciones, romances de ciego, almanaques, gozos* y *aleluyas*. Se llamó «literatura de cordel» por estar expuestos a la venta los pliegos colgados o prendidos de una cuerda. Las aleluyas y los pliegos sueltos son páginas impresas en papel barato, sin encuadernar, destinadas a una lectura rápida, florecieron en tierras catalanas y de Valencia, pero en el período de su edad de oro (1850-1875) la producción se concentró en Barcelona y en Madrid, que disputó a la anterior el mercado español y americano. La aleluya aparece con su estructura definitiva desde las postrimerías del siglo XVI y la más conocida es la catalana de Abadal de 1676, que tiene 48 viñetas, cantidad casi inmutable y mantenida, con algunas excepciones, a través de dos siglos y medio. De hecho, la aleluya característica es una hoja de papel, generalmente de 420 x 305 mm., que comprende las 48 viñetas, dispuestas en ocho filas de a seis cada una, con asuntos variados o desarrollando una historia o motivo determinado. Todas las del siglo XVIII se imprimieron en blanco y negro. En el XIX lo fueron en papel barato de colores y, en ocasiones, algunas se colorearon toscamente, pero el procedimiento no tuvo éxito.